

CUENTOS DE MANANA

La Calchona

Texto de Mariana Acosta
Ilustración de Francesca Ratto



La Calchona

Adaptación de leyenda de la Zona Central de Chile

Texto de Mariana Acosta
Ilustración de Francesca Ratto



LA CALCHONA
Cuentos de Manana

©Mariana Acosta S., 2012
Zanzibar Poniente 7760, Las Condes
Santiago, Chile
e-mail: marianaas44@hotmail.com

Ilustración: Francesca Ratto M.
Diseño de la colección: Caterina di Girolamo A.
Edición de texto: Paloma Bravo M.

RPI N°: 21.4.776
Todos los derechos reservados

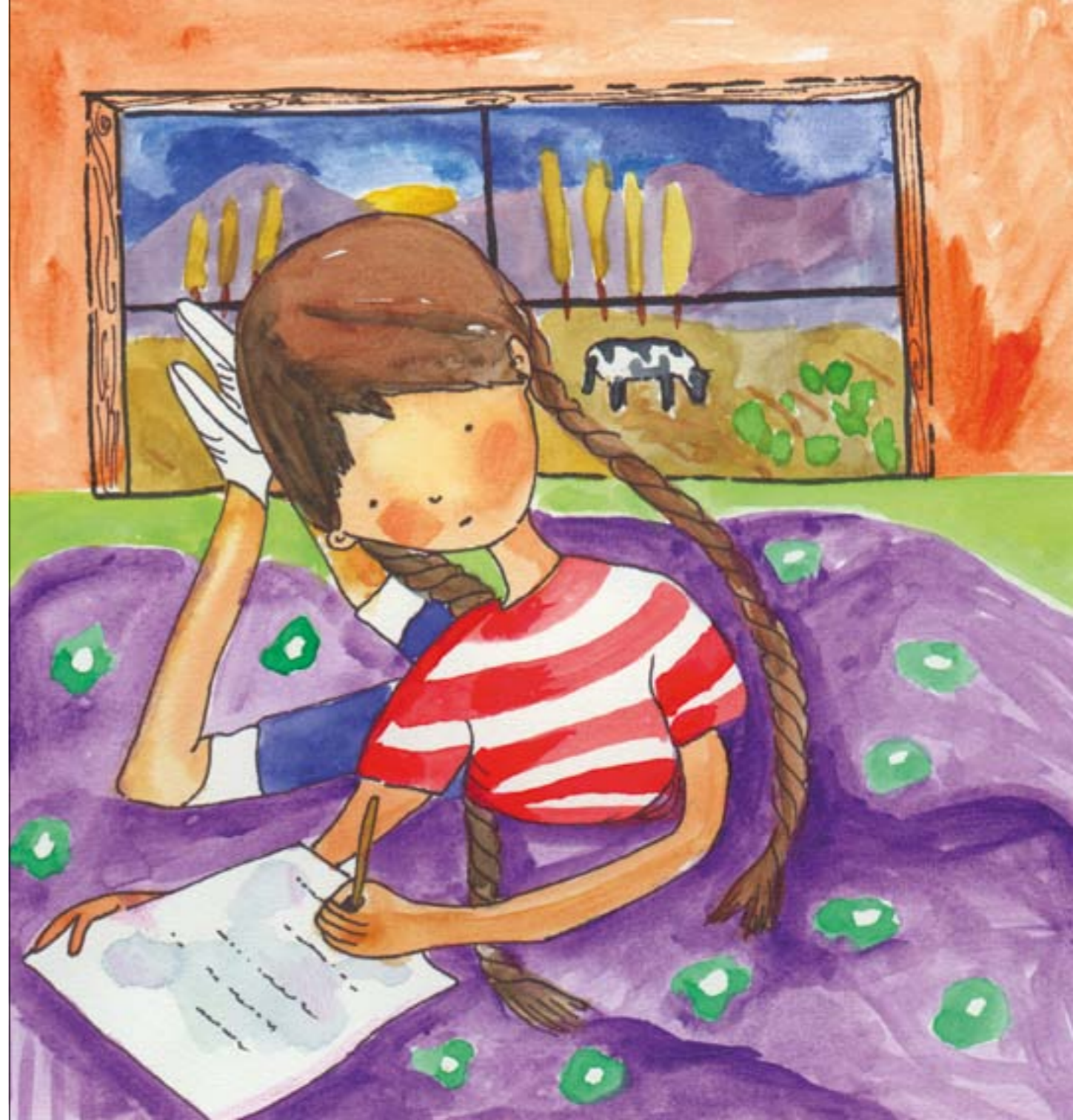


San José de Maipo, febrero 2012

Queridos amigos:

Les escribo esta carta desde el campo del tío Floro, el hermano del papá de mi mamá que vive cerca de San José de Maipo hacia la cordillera. En las vacaciones voy a ayudarlo en las cosechas porque dice que en Santiago se me ponen los ojos cuadrados de ver tanta televisión.

Voy a escribirles muy lento y con la boca cerrada por dos razones: Una porque sé lo difícil que es leer rápido y dos porque Pipino (el hijo del "Chuncho Reyes" el campesino que limpia los gallineros del campo) me hizo prometerle que no abriría mi boca para contar lo que vi. Como soy una persona de fiar, no voy a romper mi promesa, por lo tanto he decidido escribirlo con la boca cerrada. Si no les llegara mi carta, por favor avísenme, para volver a enviarla porque la estoy escribiendo con papel de calco.





El jueves en la noche mientras el tío Floro dormía, Pipino me pidió que lo acompañara al campo. Llevaba un morral, su chupalla, un saco de cereales, leche y un recipiente. Poco antes de salir me dijo: -¡Juntemos nuestra sangre para sellar la promesa de no hablar con nadie de este asunto! ¿Estás de acuerdo Manana?

-Sí -respondí. Entonces sacó un alfiler, pinchó mi dedo gordo y luego el de él. Finalmente mezcló ambos chorritos de sangre.

Cruzamos el bosque iluminando el camino con linternas y tratando de no hacer ruido. Sinceramente los bosques de noche no me gustan nada porque los árboles crujen y se mecen con el viento como verdaderos monstruos come-niños. Por suerte, la palidez de mi cara no podía ser vista por Pipino.



–¿Para que llevaría Pipino comida y leche a estas horas de la noche al campo? –me preguntaba intrigada. Pero antes de interrogar a mi amigo recordé las palabras de mi papá: “¡Piense niñita, piense antes de preguntar!” y logré mantenerme callada para tratar de pensar.

Después de cruzar el bosque llegamos a una explanada verde con olor a tierra húmeda.

–Ahora siéntate a mi lado mientras yo preparo la comida –me dijo. Luego abrió el saco y volcó los cereales y la leche sobre el plato.

Claramente comprendí que no se trataba de un pic nic, al menos no para nosotros.

Debo reconocer que la lengua me pellizcaba por dentro para preguntarle a mi amigo que tramaba, sin embargo me aguanté intentando domesticar mi curiosidad, como dice mi abuela.





¡Pero ni sueñen que eso era todo! A los pocos segundos sacó de su morral un frasco con varias hojas y polvillos en su interior.

Observé a Pipino fijamente hasta que de pronto interrumpió:

–¿Quieres entender el idioma de las ovejas?

–¿Qué qué qué quieres de-cir? –le pregunté tartamudeando de puros nervios.

–Eso ¿quieres entender el balido de las ovejas?

Ni siquiera lo pensé. Pipino había nacido en el campo y entendía muy bien el mugido de las vacas, los cacareos de las gallinas y el graznido de los patos. Era un campesino muy sabio y los animales eran como sus hermanos.

–¡Me encantaría! –le contesté dando un salto impaciente.

–Entonces debes repetir conmigo mientras abro el frasco:

*“Quillay, Boldo y Romerillo
con dos cucharadas de aceite y ajillo,
granitos de sal y un pimiento
son necesarios para hacer este ungüento,
lo demás es puro cuento”.*



Después de repetir estas palabras Pipino abrió el frasco y las hojas se habían convertido en una pomada verdosa, sacó un poco para mí y luego otro para él.

–Ahora debemos cerrar los ojos y esparcir lentamente el ungüento por nuestras mejillas –explicó.

Mi rostro se puso rugoso y al ver a Pipino me dio un ataque de risa.

–¡Guauuu amigo ahora eres un monstruo verde con ojos de sapo! ja ja.

–¿Y tuuú? Un monstruito con ojos y trenzas de bruja ja ja.

No acabamos de terminar de reírnos cuando escuché el trote de un animal. A los pocos segundos una gran silueta negra aparecía y desaparecía entre los espinos. La carne de gallina invadió todo mi cuerpo ante aquel negruzco escenario.





- Shhhh... silencio -me dijo Pipino.
- Beeé -escuché detrás de mí.
- Beeé -contestó Pipino tapándome la boca con su mano.
- ¿Bé-bé-beé? -volví a escuchar a mis espaldas.
- Bé-bé-bé-veeen, no tengas miedo porque ella es una amiga
- contestó Pipino al aire.

De pronto una gran oveja negra estaba frente a mis narices. Pero no crean que era una oveja cualquiera, su cuerpo era enorme, cubierto de gruesa y desordenada lana negra, sus patas traseras y su cola eran como grandes pompones de nubes oscuras, sin embargo su rostro era el de una bella mujer de piel blanca y cabello largo. Sus dos patas delanteras eran dos finos brazos que remataban con delicadas manos femeninas.

¡Yo nunca había visto algo así, era como una anti-oveja!



Pipino se abalanzó sobre la oveja y a su vez ella se revolcó en el pasto haciéndole cosquillas en la cara con la lana.

–Ejem, disculpen... –interrumpí carraspeando para que recordaran mi presencia.

–Perdón Manana –me dijo Pipino –aún no las he presentado.

–Ella es mi amiga La Calchona –me dijo sacándose la chupalla.

–¿Calchona? –le pregunté al animal mirándolo fijamente. No pude aguantar la risa al escuchar su nombre porque yo sabía de calchones, calchonchillos y colchones, ¿pero de una Calchona?

–No te rías Manana, ella es una gran amiga y si te ríes no va a confiar en ti y se irá. –Mejor es que me ayudes a darle su comida –dijo Pipino. Me puse colorada de vergüenza por haberme reído.

–Disculpa Calchona pero no me estaba riendo de ti, es solo que tu nombre es muy original.

–No importa, te disculpo por esta vez y me da gusto conocerte

–me contestó estirándome su brazo.

–Para mí es un honor –le respondí dándole la mano.





NOTA

A partir de ahora les voy a traducir en palabras lo que conversé con La Calchona porque el ungüento de Pipino tuvo buenos resultados y logré entender su balido.



La Calchona se engulló el cereal en un dos por tres y luego se acostó con patas y brazos hacia arriba exclamando: –¡No se imaginan la suerte que es tener el colchón de lana puesto! Puedo dormir donde quiero y jamás sufriré de dolor de espaldas.

Esperé que la oveja descansara un rato pero mi impaciencia sobrepasaba todos mis límites.

–Disculpa Calchona pero ¿Podrías con-tar-me antes de que te quedes dormida al-go so-bre tí? –le pregunté con timidez. Acto seguido el animal giró su cuerpo y se recostó torciendo patas y brazos sobre el pasto como cualquier cuadrúpedo.

–Soy una bruja –exclamó seriamente la oveja.

–¿Una bruja? –le pregunté confundida.

–Exactamente una bruja pero no como esas que vuelan en escobas y que tienen verrugas y narices de gancho, soy una bruja de campo y la reina de los ungüentos, lo demás es puro cuento –comentó burlona.





Me sentí turbada a más no poder. Sus ojos tenían un brillo vivaz y su voz era tan suave que me recordaba a la de mi abuela, jamás me habría imaginado una bruja así. Me acerqué a ella y toqué su cuerpo lanudo.

–¿Acaso tu mamá te mandó a tejer? –le pregunté curiosa.

–No, yo nací de otra bruja, fui tan parida como tú. Si yo te contara cómo llegué a ser una oveja-mujer ¿me prometerías algo? –me preguntó con seriedad.

–¿Algo cómo qué? –le respondí alzando mis cejas.

–¿Le pedirías a tus amigos que cuando vayan al campo se preocupen de dejar todas las noches un plato de comida afuera de la casa? –inquirió la oveja en voz baja casi en un susurro.

–¡Por supuesto que lo haría! –le contesté cuadrándome como carabinera y disponiéndome a escuchar su historia.



–Hasta hace poco tiempo yo vivía en una cabaña que está detrás de la colina, con mi marido y mis dos hijos. Nadie sabía que yo era una bruja y que mi especialidad era hacer ungüentos mágicos. Cada vez que se acostaban les frotaba la frente con una pomada de ajo, cebolla y limón para que durmieran como lirón. Cuando habían caído en un sueño profundo, me dirigía a la cocina y sacaba los frascos secretos que contenían mis ungüentos, luego los esparcía en mi cuerpo y me transformaba en una oveja para poder salir a pasear libremente durante las noches por los campos y compartir con los otros animales. En la madrugada regresaba velozmente a mi casa y volvía a aplicarme las cremas para recobrar la forma de mamá. ¡Qué feliz me sentía siendo mamá de día y animal de noche!





Pero un día ocurrió algo terrible. Olvidé frotar la frente de mis hijos con la crema mágica para dormir y se levantaron durante la noche a buscarme. No me di cuenta que mientras practicaba mi rito de convertirme en animal, ellos observaban escondidos detrás de la puerta.

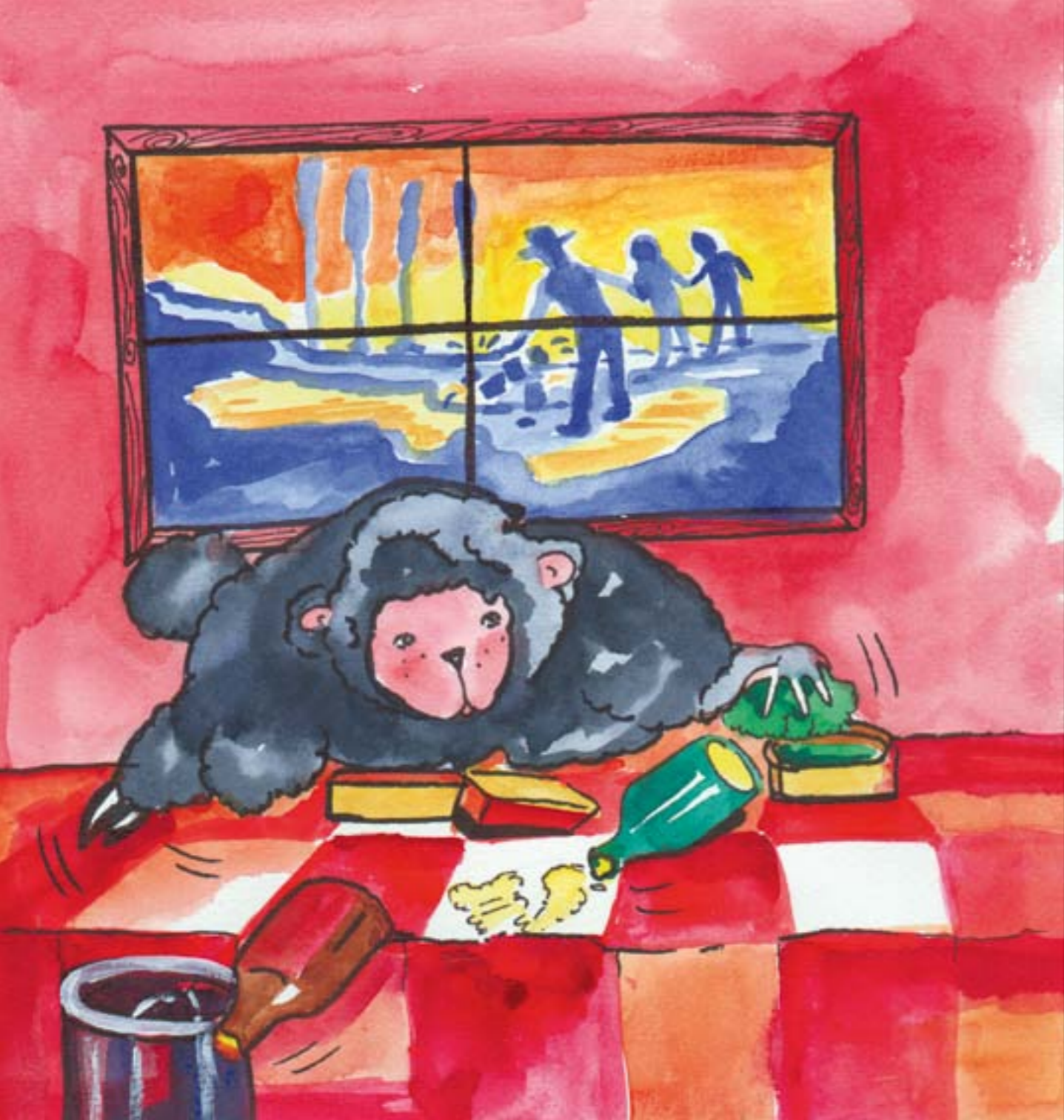
Cuando vieron mi asombrosa transformación quisieron hacer lo mismo, como lo hacen casi todos los niños, y apenas salí a dar mi paseo nocturno, tomaron los ungüentos y se los pusieron imitando lo que habían visto. ¿Qué crees que ocurrió?-me preguntó la oveja.

-Realmente no me lo imagino -le respondí con ojos de huevo frito.



–Bueno, pasó que mis hijos se transformaron en dos zorrillos. Pero el problema fue que cuando intentaron ponerse nuevamente los ungüentos para volver a ser niños no supieron hacerlo. Su llanto no se hizo esperar. Lloraron a todo pulmón hasta que despertaron a mi marido, y él, al ver que yo no estaba y que nuestros hijos se habían convertido en animalitos se desesperó. Él hacía años que venía escuchado rumores de que en el campo había brujas ocultas que hacían ungüentos mágicos, por lo tanto buscó incansablemente por toda la cocina algo que pudiera ayudarlos. Finalmente encontró los frascos de ungüentos y se los puso. A los pocos minutos volvieron a transformarse en pequeños humanos y le contaron a su papá lo que había ocurrido.





–¿Y...qué ocurrió después? –le pregunté a la oveja con un sollozo atrapado en mi garganta.

–Mi marido estaba tan asustado y preocupado de que no volviera a ocurrir un incidente como el que había vivido con los niños, que decidió ir con ellos al río y vaciar los frascos en el agua. Luego se fue con ellos de la casa por un buen tiempo-me explicó el animal con su voz entrecortada.

–¿Y tú...qué pasó contigo? –le pregunté ansiosa.

–Pasó que esa madrugada, cuando llegué como de costumbre aún convertida en oveja y al ver que no estaba mi familia, comencé desesperadamente a buscar mis ungüentos por toda la casa. Finalmente logré encontrar los frascos casi vacíos en el fondo de la basura. Me sentí muy angustiada y raspé los restos de ungüento que quedaban en los frascos, pero solo me alcanzó para transformar mis brazos, rostro y cabello a mi forma humana.



–¿Es por eso que eres una oveja-mujer? –le pregunté
–Justamente y desde ese día paseo libremente por los campos de noche esperando que regresen mi marido y mis hijos. Mientras tanto me preocupo de cuidar a todos los jinetes y campesinos de los alrededores, especialmente a los niños, y cada vez que los escucho hablar de algún ungüento me encargo de explicarles lo que me ocurrió a mí. Ellos a su vez todas las noches me dejan comida en el campo porque saben que soy una bruja buena y además un poco glotona-explicó la Calchona mientras desenredaba su cabello con las uñas.

Ese jueves Pipino y yo estuvimos toda la noche con la Calchona escuchando su historia, y apenas salieron los primeros rayos de sol nos tuvimos que despedir de ella rápidamente para volver corriendo a la casa antes que el tío Floro despertara.





Apenas habíamos abierto la puerta de la cocina, cuando Pinino interrumpió nervioso:

-Un momento Manana

-¿Qué ocurre? -le contesté con apremio.

-Olvidé que tenemos que lavarnos la cara antes de entrar, recuerda que parecemos dos monstruitos verdes.

-Tienes razón, yo también lo había olvidado-acoté.

En un dos por tres Pipino tomó mi mano y me condujo hasta el grifo del huerto para lavarnos la cara. Luego volvimos a la casa y entramos en puntillas. A los pocos segundos Pipino se despidió de mí mostrándome su dedo gordo. Yo también le mostré el mío y le cerré un ojo para que entendiera que no me olvidaría de nuestro pacto.

Subí al dormitorio lentamente para no hacer crujir los peldaños de la escalera y apenas llegué a mi cama, me vino un ataque de urgencia de escribir todo lo que había vivido esa noche, antes de que se me olvidara.



Bueno amigos, me imagino que ustedes se habrán impresionado tanto como yo con lo que me sucedió en el campo del tío Floro esa noche. En todo caso prometo que nunca más me voy a poner en la cara los ungüentos de colores que todas las mañanas se echa mi mamá antes de ir al trabajo, en una de esas también es una bruja, porque a decir verdad, mi papá muchas veces le dice "mi brujita", para pedirle que lo deje ver el fútbol.

Ahora me despido porque el tío Floro me va a llamar en cualquier momento para que vaya a sacar tomates y no he dormido nada. Muy pronto les voy a escribir otra carta.

Los quiero mucho,
Manana





*Si ves una sombra en el campo,
o una oveja con nitidez,
se trata de la Calchona,
que quiere hablarte otra vez.*



CUENTOS DE MANANA

“Que lo creas o no, me importa bien poco. Mi abuelo se lo narró a mi padre,
mi padre me lo refirió a mí, y yo te lo cuento ahora,
aunque sólo sea por pasar el rato”
(Gustavo A. Bécquer)

Manana comparte con niños y niñas su vivencia en el campo a través de una carta. En ella relata su encuentro con La Calchona, personaje mitológico del folclor chileno. La historia relata la particular relación entre el campesino y la naturaleza, en este caso los animales y las plantas, e invita a conocer los diferentes modos de pensar y sentir recurriendo a componentes fantásticos, pero en un contexto de patrimonio nacional.

Elementos de la realidad, humor y fantasía se conjugan para crear un argumento que conmueva, entretenga y sorprenda.